

Jardín de la infancia en el (Waldkindergarten)

Son muchas las alertas que se vienen encendiendo sobre los riesgos de una crianza y educación desmesuradamente artificiales y urbanas: ruido, hacinamiento, sobreestimulación sensorial y cognitiva, exagerado tiempo en espacios cerrados, mucha televisión, juguetes electrónicos y actividades dirigidas por adultos que no dejan lugar para la elaboración personal, la imaginación y la creatividad en la niñez. La naturaleza es tan importante para el desarrollo infantil como el sueño o la alimentación. Su carencia podría ser nefasta para las generaciones futuras. ¿Qué estamos esperando para actuar? En Alemania existen aproximadamente 500 instituciones que se denominan jardines de la infancia en el bosque o en la naturaleza que ya emprendieron la marcha del re-encuentro con la madre naturaleza.

THOMAS KLINGSEIS
Consultor

Desde mediados de la década de 1990 se ha instaurado en Alemania una nueva modalidad pedagógica para niños pequeños: el jardín de la infancia en el bosque o en la naturaleza. Solo cuenta con un sencillo lugar para cobijarse en caso de que se presenten situaciones climáticas adversas, como tormentas o fuertes heladas. Los pequeños pasan la mayor parte del tiempo al aire libre. Sin juguetes prefabricados y con solo pocos materiales, ellos y sus tutores dependen de sí mismos. El grupo se transforma en el aula, las relaciones sociales se convierten en el punto central. La fantasía y la creatividad son decisivas para sus juegos.

La naturaleza y el bosque ofrecen una increíble abundancia de experiencias, materiales y posibilidades. Los niños experimentan a diario lo que significa pertenecer a algo más vasto. Son parte de la naturaleza junto con el Sol, el viento, la lluvia, la nieve, el calor, el frío, la niebla, la primavera, el verano, el otoño, el invierno, los árboles, los matorrales, los pájaros, las ardillas, las liebres, las flores, la hierba, el musgo, los zorros, los jabalíes, los tejones, los lirones, las mariposas, los caracoles, las ranas, los saltamontes, las libélulas, los ciempiés, las cochinillas. Aprenden que el mundo está repleto de vida.

BOSQUE

Cuando Tácito, el escritor romano, informó hace 2000 años sobre la poco conocida Germania, describió

bosque de Alemania

nuestro país como un territorio de bosques y ciénagas impenetrables. En la actualidad, la tercera parte de la superficie de Alemania se compone de bosques. Casi la mitad del territorio es utilizado para la agricultura, y el resto para construir urbanizaciones y obras de infraestructura.

Nuestros bosques son generalmente secundarios y productores de madera, un producto insustituible como material de construcción y proveedor de energía. Sus capas de hierbas y matorrales no son abundantes, y es raro que no se pueda penetrar en ellas. Existe un derecho jurídico asegurado y el acceso es libre: todos pueden transitar por la campiña, siempre y cuando no se perjudique su aprovechamiento económico. Los bosques en Alemania tienen una importante función recreativa: las personas pueden recorrerlos siguiendo una densa red de caminos. Cuentan con estacionamientos y áreas para fogatas, para juegos infantiles y para ejercitarse. Hay senderos didácticos y establecimientos gastronómicos. Las administraciones forestales también se esfuerzan por atraer a las personas a estos lugares.

Casi no existen bosques vírgenes en Europa. En Alemania se debate acaloradamente el tema de mantener vírgenes por lo menos a los que están dentro de los parques nacionales (Bosque de Bavaria, Selva Negra), y este enfoque suscita resistencias. Sin embargo, éste es el espacio vital más versátil y, en muchos aspectos, el más natural. La palabra “bosque” en Alemania es sinónimo de naturaleza prístina y espacio natural.

RIESGOS

Existen realmente pocos peligros serios en este paisaje. Probablemente el animal más peligroso que tenemos es la abeja melífera. Las víboras se encuentran en

muy raras ocasiones, e incluso la mordedura de la más venenosa —la víbora común (*Vipera virus*)— causaría menos daño que la picadura de una abeja. Las arañas son inofensivas casi sin excepción. Es muy difícil que alguien resulte mordido por una, y si así ocurriera, la picadura de la más venenosa tiene las mismas consecuencias que una fuerte picadura de abeja. Es desagradable, pero en ningún caso deja daños permanentes y de ninguna manera es mortal.

Debemos mencionar unas pocas enfermedades que los seres humanos pueden contraer en la naturaleza. Las garrapatas son un riesgo en potencia. A escala mundial es preciso mencionar la borreliosis o enfermedad de Lyme, y, en determinadas regiones, la meningoencefalitis de principios de verano. Éstas pueden provocar daños permanentes para la salud a largo plazo, y la muerte solo en casos excepcionales. En los últimos tiempos ha aparecido el hantavirus, transmitido a través de los ratones. También existe una tenia que vive en el estómago de los zorros y que puede anidar en el de las personas, causándoles problemas de salud.

Pero existen tres aspectos que pueden contrarrestar los anteriores: la transmisión de persona a persona, el desarrollo de un sistema inmunológico estable y las alergias. Está comprobado que las enfermedades se transmiten con menor frecuencia entre las personas en un entorno natural que en ambientes cerrados. Las actividades físicas —la transpiración o el frío— estabilizan nuestro sistema inmunológico. Gran parte de las alergias se evitan a través del contacto temprano con los alérgenos naturales, aunque esto no está del todo comprobado científicamente.

Estos riesgos calculables son sobrepasados por las oportunidades y posibilidades que ofrece el contacto y la permanencia en la naturaleza.

LA ÉPOCA MODERNA: DÉFICITS EN EL DESARROLLO INFANTIL

Cada vez más niños, entre los 6 y los 10 años de edad, presentan déficits considerables en algunas áreas durante la edad escolar. Muchos de estos problemas son causados por el consumo temprano de los modernos medios de comunicación: falta de movimiento, disfunciones cognitivas, dificultades para prestar atención y concentrarse, falta de perseverancia y déficits en las áreas sociales.

La falta de movimiento es notoria. Todo se encuentra cerca y con el automóvil se llega rápidamente a todas partes. Movilizarse por sí mismo ya no es un imperativo. Los niños tienen televisor en sus cuartos, que les sirve para entretenerse y aliviar a sus sobrecargados padres. El siguiente relato revela cómo las generaciones recientes van perdiendo la costumbre de moverse, y muestra cuánto puede recorrer un niño de 5 años de edad sin ser acompañado por adultos y sin elementos de ayuda (a pie): En una familia escocesa el abuelo recorría hasta 8 km diariamente para llegar a un lago donde solía pescar. El padre caminaba menos pero, aun así, recorría distancias de hasta cuatro kilómetros. Su hijo solamente se desplazaba unos cientos de metros. Una autopista establecía un límite al espacio vital de este niño.

JARDÍN DE LA INFANCIA

En el año 1840 se fundó el primer jardín de la infancia en Alemania. Friedrich Wilhelm August Froebel percibió que una triada compuesta por educación, formación y cuidado era decisiva para el desarrollo en la niñez. “Los niños deben ser integralmente estimulados y guiados de acuerdo con su edad, a través de juegos mentales y gimnásticos planificados y en grupo, dichos y canciones, en constante contacto con la naturaleza”, sostuvo. Froebel ya era consciente del profundo significado del juego. Los niños aprenden de manera especialmente intensa cuando se encuentran ensimismados en él. En ese caso, tanto el cuerpo como los sentidos se emplean al máximo, y se ensayan las relaciones sociales. Los recursos más importantes para ello son el lenguaje y el pensamiento: “¡El juego no es una pérdida de tiempo! Es algo sumamente serio y de un profundo significado”, añadió.

Los niños asisten al jardín de la infancia desde los 3 hasta los 6 años de edad. No existe obligación de asistir, pero todos tienen el derecho legal de contar con una plaza. Por consiguiente, más del 90% asiste a un jardín de la infancia durante este periodo. Las tutoras

(que son casi exclusivamente mujeres) y los tutores deben completar tres años de estudios en un instituto de formación profesional. Sin embargo, en los últimos tiempos ha aumentado la exigencia y también la necesidad real de homologar esta formación profesional con la que cursan los docentes escolares, ya sea en escuelas técnicas superiores o universidades.

En cada aula puede haber hasta 25 niños, y deberán tener dos tutoras. Los grupos de jardines de la infancia en el bosque y los de la jornada completa se componen generalmente de 20 niños, que son atendidos por tres tutores especializados. El sistema federativo de la República Federal de Alemania permite a cada estado federado establecer sus propias normas. Un grupo de un jardín de la infancia en el bosque pasa hasta seis horas diarias en ese entorno, pero ya existen unos con jornada completa de ocho horas.

CO-CONSTRUCTIVISMO: “¡NOSOTROS CREAMOS NUESTRO PROPIO MUNDO!”

Casi ningún niño crece en nuestro país sin los libros de Astrid Lindgren. La escritora sueca ha logrado, como pocas, comprender la interpretación infantil del mundo y situarla exactamente en el espacio entre la fantasía y la realidad. Ella es la precursora de la teoría denominada co-constructivismo, basada en la neurofisiología, la pedagogía y la filosofía. Los niños crecen en un mundo donde están presentes las vivencias concretas y la fantasía (“constructos”), que, en el sentido más real, se van construyendo.

Lo que los pedagogos y filósofos reconocieron hace mucho tiempo puede comprobarse actualmente por medio de los modernos hallazgos neurofisiológicos. De acuerdo con éstos, una persona no llega al mundo sin conocimientos, sino que trae consigo un bagaje de ideas, conceptos y métodos. Cada persona es un ser dotado por la historia natural de algunas condiciones previas. Albergamos en nuestro interior los resultados de muchos millones de años de constante desarrollo. Cada individuo comienza como un organismo unicelular, y recorre un resumen de la historia de la evolución durante los nueve meses de gestación: “En el momento de su nacimiento, una persona ya tiene mil millones de años de edad”, dice Loris Maleguzzi, el fundador en Europa de la pedagogía Reggio, que goza de una excelente reputación.

Siendo un feto en el vientre materno, se aprenden algunas cosas sobre el mundo: en primer lugar, las informaciones provenientes de la madre, a través de



todas sus actividades: movimientos, lenguaje, música y las primeras impresiones gustativas. Pero también el entorno es clasificado durante las últimas semanas previas al nacimiento: familiares, padre, hermanos. Ruidos, música, el lenguaje del entorno. Al poco tiempo de su nacimiento, el recién nacido puede distinguir entre lo conocido y lo nuevo.

CURRÍCULOS DE FORMACIÓN Y EDUCACIÓN

La formación se define como la capacidad y la motivación de cada uno para adquirir una interpretación del mundo y una cosmovisión propia de acuerdo con sus posibilidades individuales. El cuerpo, los sentidos, el lenguaje, el pensamiento y la empatía constituyen los cinco componentes fundamentales en los que se basa nuestra cosmovisión. En los currículos de formación de cada estado federado se establece la forma en que las instituciones educativas deben y pueden apoyar para que la vayan asumiendo.

La educación constituye la respuesta de los adultos a los enfoques de autoformación expresados por el niño. La idea concebida por Froebel de un "jardín de la infancia" (*Kindergarten*) es, por lo tanto, más actual que nunca. Los niños crecen por sí mismos como plantas. Los adultos debemos regar, deshierbar, abonar, controlar y crear estímulos. Ellos aprenden a caminar y a hablar por sí mismos, pero necesitan tener a los adultos como modelo, como ejemplo de una vida exitosa. En ese sentido, las palabras clave son autoeficacia, capacidad de esfuerzo y tolerancia ante la frustración.

Desde el punto de vista pedagógico, deben diferenciarse dos aspectos en los currículos de formación: la creación de un entorno estimulante y las acciones pedagógicas en sí. Los niños aprenden mucho por sí mismos en un entorno estimulante. Éste comprende tres factores: el espacio y los materiales, el tiempo y el componente social.

Los materiales estimulantes son objetos que incentivan la fantasía en los niños. Aquí no se incluyen los juguetes prefabricados o los materiales didácticos sofisticados. La función de estos objetos es limitada y la fantasía no llega a manifestarse. La autoeficacia constituye un concepto clave: una persona que comprende que su acción produce un resultado, aprende de manera más eficaz.

UN ENTORNO ESTIMULANTE: ESPACIO Y MATERIALES

Cuanto más variado es nuestro entorno, mayores son las posibilidades de que se desarrolle nuestro cerebro, que es el órgano destinado a la interpretación del mundo, y podamos adquirir una cosmovisión. ¡Cuanto más contiene, más espacio se crea! Además de la individualización, los científicos dedicados al estudio del cerebro hacen hincapié en la autoeficacia. Desde el inicio, un niño comprende que puede influenciar y diseñar este mundo. Un concepto de autoformación debe constituir la base para todas las instituciones de formación. Por consiguiente, los materiales y los conceptos que apoyan esta autoeficacia son los mejores.

Los niños descubren en el bosque todo tipo de materiales y espacios para la autoeficacia. Con materiales sencillos como las piedras, la tierra, los palos, las ramas y el musgo pueden crear mundos completos. Construyen casas de muñecas, cuevas de ladrones, ciudades de enanos y hasta cuartos para computadoras. Por esta vía muestran su interpretación acerca de los temas que los preocupan. “Quien no juega con barro se vuelve tonto”, insiste un científico dedicado al estudio del cerebro en Alemania.

Los niños adquieren experiencias corporales a través de su sistema motriz (los músculos y el esqueleto). Cuánto más complejos son estos movimientos, más complejas serán las estructuras cerebrales correspondientes. El entorno natural requiere una atención especial antes de cada paso (y cada paso es diferente).

También pertenecen al cuerpo los sistemas sensoriales para el calor, el frío, la sed, el dolor, el hambre y otros. Y esto solo se aprende al aire libre. La ciudad y el hogar mantienen una temperatura regulada, y estas diferencias desaparecen. Cobra especial importancia nuestro órgano 3D: el laberinto cerca del oído. Con él experimentamos nuestra percepción de las tres dimensiones: abajo/arriba, adelante/atrás, izquierda/derecha. Éste puede desarrollarse de manera óptima solamente en un ámbito tridimensional diversificado. Ya a los bebés les resulta placentero columpiarse, girar, ponerse de cabeza. Trepas —la conquista de la tercera dimensión— es una competencia sumamente importante.

Nuestros órganos sensoriales también se encuentran optimizados para la percepción de un entorno natural complejo. No es posible percibir la multiplicidad de la naturaleza en ningún otro medio. Pongamos como ejemplo las tonalidades de verde. En el entorno creado por el hombre, los matices de verde están normados, mientras que en el mundo exterior pueden encontrarse todos, con una variedad casi interminable de matices. También nuestros sentidos trabajan en el nivel tridimensional cuando perciben los ruidos del viento, el trinar de los pájaros o la propia voz: ¿Está cerca o lejos? ¿Proviene de arriba o de abajo? ¿Viene de la izquierda o de la derecha?

Nuestro lenguaje se enfrenta a un constante desafío en el entorno natural: cómo describir la diversidad de la naturaleza, cómo explicarla, cómo denominarla. En los ambientes de interior esta clasificación se logra rápidamente. El pensamiento implica anticiparse y categorizar. La naturaleza debe constituir el modelo del mismo.

La empatía es la capacidad de ponerse en la situación de otro. ¿Qué siente un mosquito? En el entorno natu-

ral estamos siempre estimulados y nos enfrentamos a cada ser vivo con simpatía o antipatía. ¿Nos gusta? ¿Lo odiamos? ¿Lo aceptamos?

UN ENTORNO ESTIMULANTE: TIEMPO Y JUEGO LIBRE ACOMPAÑADO

El juego libre acompañado constituye la situación de aprendizaje óptima. Los niños juegan y los adultos se encuentran más o menos presentes. Es suficiente la protección. Los niños saben que allí hay alguien a quien pueden recurrir. Las personas encargadas de la enseñanza pueden observarlos en sus actividades, generar impulsos y descubrir temas en los cuales exteriorizan sus enfoques autónomos de formación. Es posible participar activamente en los juegos. En este caso, los tutores pueden reaccionar específicamente a lo que ellos desean.

En un entorno natural, el juego libre es constante. Ya que no se encuentran sujetos a ninguna clase de presiones de espacio o materiales, los niños juegan a lo que les interesa. La situación espacial posibilita una excelente visión panorámica sobre el grupo completo. Aquí se construye, allá se discute, por allá se pelea. La tutora observa con especial atención, mientras que un grupo de tres se aparta sigilosamente. Para lograr un desarrollo psíquico saludable, los niños también necesitan contar con espacios en los cuales no son observados.

UN ENTORNO ESTIMULANTE: GRUPO DE APRENDIZAJE SOCIAL

Los neurofisiólogos lo confirman: el aprendizaje en los niños, entre los 3 y los 12 años de edad, es más eficaz si están junto a otros de la misma edad. Los más pequeños aprenden de los mayores. Y aprenden más de ellos que de los adultos. Lamentablemente, nuestros sistemas de formación establecen una clara separación entre el jardín de la infancia y la escuela. Los niños alcanzan un nuevo nivel solo a los 12 años, cuando los adultos se convierten en los modelos por imitar y aparecen los ídolos: intérpretes de música *pop*, estrellas deportivas, actores de los medios de comunicación. En la vida real podría ser algún maestro, sacerdote, etcétera.

Por consiguiente, sería ideal la creación de una estrecha red dentro de este grupo de la misma edad. Los niños de 10 años podrían enseñarles cosas maravillosas a los de 4 años. En Alemania, el sistema prevé una segunda división en el cuarto grado escolar, que es demasiado pronto. De hecho, sería más natural establecerla durante el sexto año escolar.



ACCIONES PEDAGÓGICAS

Las acciones pedagógicas propiamente dichas se encaminan en dos direcciones. El niño debe enfrentarse a un desafío: hay que mostrarle que se espera algo de él. Es necesario reconocer su motivación y reaccionar ante ella de manera adecuada. Decirle, por ejemplo: “Ya trepaste 4 metros. ¿No hay una rama todavía más arriba?”. “Ya puedes contar hasta 10. ¡Ahora probemos hasta 100!”. La segunda dirección la da el propio tutor cuando sostiene: “Deseo brindarle a cada niño algo especial que yo pueda transmitir”.

EQUIPAMIENTO

Los jardines de la infancia en el bosque necesitan de muy pocos elementos. Los edificios —mejor dicho, los espacios para cobijarse— son trailers, cabañas sencillas o cuartos anexos a edificaciones ya existentes. Se usa madera para la calefacción, y el agua potable se transporta diariamente en bidones.

HISTORIA

Las primeras ideas ya se pusieron en práctica durante la década de 1960. Una entusiasmada mujer reunió a un grupo de niños, y sin muchos preparativos los llevó al bosque. Cuando llovía, buscaba algún tipo de protección. Los niños experimentaban el calor, el frío, las tormentas, la lluvia. La comunidad que se formó tenía más importancia que los utensilios y los objetos.

Pero fue en 1994 cuando se gestó lo que los iniciadores de los jardines de la infancia en el bosque en Alemania consideramos como un verdadero movimiento. En el norte, dos tutoras cruzaron la frontera hacia Dinamarca. En Escandinavia, esta experiencia de darle significado a la naturaleza contaba con una larga tradición. Allí existen los jardines de la infancia en el bosque desde la década de 1970. Hoy en día hay en Alemania aproximadamente 500 instituciones que se denominan jardines de la infancia en el bosque o en la naturaleza.

PERSPECTIVAS

Por regla general, los jardines de infancia en el bosque contribuyen a que otros jardines de infancia tradicionales (que mis hijos llamaban “jardines de la infancia en casas”) incorporen la noción de que el desarrollo óptimo debe incluir a la naturaleza. La aplicación de estos conceptos supone días o semanas de permanencia en los bosques, y de grupos allí.

El crecimiento de la población, por un lado, y las exigencias materiales cada vez mayores, por el otro, traen consigo una progresiva escasez de los recursos en nuestro planeta Tierra. Los jardines de la infancia en el bosque utilizan casi exclusivamente recursos renovables. Los niños inventan todos los días nuevos juguetes junto con sus tutores. Experimentan un intenso contacto con el gran modelo de la naturaleza, que nos enseña que es posible contentarse con las infinitas posibilidades que ella y nuestro fascinante cerebro nos ofrecen. Debemos sencillamente sacarles un mayor provecho. 🌱